

# BOLETÍN

DE LA

# REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

---

TOMO CCXIX



MADRID  
TOMO CCXIX - CUADERNO II  
MAYO-AGOSTO DE 2022

## LA BIOGRAFÍA HISTÓRICA: UNAS REFLEXIONES TENTATIVAS Y PERSONALES

El género de la biografía histórica (entendiendo por tal, *grosso modo*, la escritura sobre los itinerarios de la vida de un personaje real, no ficcional) no siempre ha tenido buena prensa en la historiografía hispánica ni en otras historiografías europeas y occidentales. Al menos así ha sido en los últimos dos siglos contemporáneos, por razones varias, pero no necesariamente fundadas ni indisputables. Y es algo bien extraño porque el gran libro conformativo de su identidad religiosa multiseccular, el Nuevo Testamento de la Biblia cristiana, no deja de ser una biografía escrita a cuatro manos por discípulos evangélicos de un mismo profeta o mesías (según las preferencias): Jesús de Nazaret.

Todavía más. Como han subrayado muchos analistas (a título meramente ilustrativos por brillantes, François Dosse en su ensayo *La apuesta biográfica*; Enrique Krauze en *El arte de la biografía*, y Manuel Alberca en *Maestras de vida*), “la biografía es un género antiguo que se difundió en torno a la noción de *bios* (vida)” y es, junto con la historia, una de las más veteranas formas del “arte de narrar la vida”. Por eso tuvo un amplísimo cultivo y predicamento en la Antigüedad Clásica greco-romana, con autores consagrados al relato de las vidas de hombres célebres, influyentes o ejemplares, capaces de inspirar, enseñar, asombrar o ilustrar a sus lectores (desde Jenofonte a Plutarco, pasando por Suetonio y Diógenes Laercio). Y no desapareció con el fin de esa época. Ni mucho menos.

De hecho, la cronística medieval (al igual que luego la historiografía renacentista) nunca jamás eclipsó ni expulsó de los dominios de Clío a las vidas de santos, reyes o héroes. Al contrario, muchas veces un mismo autor era diestro en ambos géneros. Véase el caso antológico de Eusebio de Cesarea, considerado uno de los primeros fundadores de la historiografía cristiana, que tanto firma una *Historia de la Iglesia* de factura cronística como la *Vida del emperador Constantino*, de perfil biográfico (con sesgo hagiográfico, naturalmente). Y recuérdese el caso de las influyentes *Confesiones* de San Agustín de Hipona, un texto de autobiografía más o menos veraz o impostado que está ligado al género por razones evidentes de analogía de formato. Cabe decir que el siglo de la Ilustración que da paso a la era contemporánea siguió siendo una época fértil en biografías. Incluso puede afirmarse que certificó la conversión del viejo género biográfico de origen clásico

(las “vidas” de figuras ilustres) en una práctica historiográfica mucho más solvente de la mano de autores como el británico James Boswell, cuyo retrato de *La vida de Samuel Johnson* (1791) “combina la investigación científica, académica, con el uso artístico de la palabra”, al decir de Robert Gittings (*La naturaleza de la biografía*).

Sin duda alguna, esa propia permanencia del género biográfico a lo largo de tantos siglos (y en tan diferentes culturas ajenas a Occidente) es síntoma indiciario muy revelador de que obedece a algunas demandas sustantivas de los seres humanos, que son capaces de elaborar y entender conceptos y categorías abstractas, impersonales e ideales, pero que también usan y requieren vidas y existencias que personifican y encarnan muchas veces esas entidades complejas porque permiten así su comprensión y aproximación en carne y hueso a su núcleo definitorio inasible. Al fin y al cabo, no hay monarquías sin reyes, ni repúblicas sin patricios, ni ejércitos sin generales, ni ciencias sin científicos, ni deportes sin héroes deportivos, ni cine sin “estrellas” cinematográficas. A su modo y manera, así lo expresó Thomas Carlyle en 1841 en su romántica apología de la figura del “gran hombre” (*Los héroes. El culto de los héroes y lo heroico en la historia*) como principal protagonista de la historia y fuente de inspiración para la humanidad: “La sociabilidad de la naturaleza del hombre” se manifestaría por antonomasia “en el inefable placer que le produce la biografía”. Y en cierta medida así lo ha vuelto a vindicar en nuestros días una notable biógrafa española, Anna Caballé (*El saber biográfico. Reflexiones de taller*), con palabras certeras que subrayan esa paradoja de necesidad del género y ausencia de prestigio hasta tiempos recientes:

La escritura de la vida humana, de las vidas concretas que ya fueron o que todavía son y de las que por alguna razón urge su esclarecimiento, no ha estado tan presente en la cultura española como sería deseable, si tenemos en cuenta dos cosas importantes: a) es, debería ser, el primer punto de mira de la Historia; b) no hay experiencia más corriente y universal que el hecho de vivir.

Además de esa razón, quizá fuera relevante señalar también otro aspecto crucial apuntado en esa cita previa: la biografía, en su formato especial de autobiografía, es la primera forma de conocimiento directo de la Historia (su “primer punto de mira”) que tiene todo ser humano cuando llega a cierta edad que asociamos con la llamada “adolescencia”. Porque es entonces cuando la conciencia de todas las personas va descubriendo un dato crucial en la maduración psicológica y cognitiva de los individuos humanos: que ya no es el niño y prepúber que hasta hace bien poco fue, aunque sea su prolongación y continuación en cuerpo y ánima, debido al irrefrenable paso del tiempo y mudanza de escenarios. Y ese descubrimiento fascinante pero también inquietante ligado al tránsito del pensamiento concreto

al pensamiento formal abstracto (que parece que llega siempre por primera vez en los humanos hacia los 11 o 12 años, según los estudios de Jean Piaget) es lo que nos permite abandonar el mundo infantil del “presente eterno” y nos abre una ventana a la densidad del pasado histórico personal y, por circunstancia, al pasado ajeno y colectivo. Es entonces cuando podemos empezar a vernos reflexivamente como sujeto evolutivo sometido al devenir inexorable del tiempo, que va dejando atrás la plácida intemporalidad de la niñez de manera irreversible y se abre a un futuro indeterminado, pero con caducidad mortal a través de ese presente adolescente en formación y conformación. En palabras más exactas de Juan Delval en 2011 recogidas en su estudio sobre el desarrollo psicológico humano (*El mono inmaduro*):

Todas estas características hacen del adolescente un ser muy distinto del niño, desde el punto de vista del pensamiento y de la conducta social, hecho que no se escapa a la observación de cualquier persona que trate con niños y jóvenes. Hacia los once y doce años, los chicos se vuelven mucho más reflexivos, entienden mejor las cosas, son capaces de abordar problemas más complejos, piensan por ellos mismos, examinan las consecuencias de lo que se está diciendo, su pensamiento se extiende hacia el pasado y hacia el futuro, etc. [...] Y, además, los sujetos empiezan a entender otras épocas, otros periodos de la vida social. También es a partir de este momento cuando la historia empieza a cobrar sentido para los escolares. Antes no tenía más realidad que los cuentos.

En todo caso, la importancia de la biografía, del conocimiento y reconocimiento de la existencia tan plural de las vidas de seres individuales, coetáneos o anteriores, dista mucho de ser un mero capricho psicológico de naturaleza individual y privativa de los sujetos. Tiene sin duda alguna su transcendencia ontológica y epistemológica. Al respecto, hace algunas décadas, Isaiah Berlin recordaba certeramente que eliminar el protagonismo del individuo del escenario histórico tenía un peligro mortal porque, entonces, “Alejandro, César, Atila, Mahoma, Cromwell y Hitler son igual que terremotos, inundaciones, crepúsculos, océanos o montañas”: se les podría juzgar, admirar o temer con la misma propiedad (es decir: absurdamente) con la que se podría “predicar sermones a los árboles” (“La inevitabilidad histórica”, en *Cuatro ensayos sobre la libertad*). Y, sin embargo, precisamente “eliminar”, “neutralizar”, “eclipsar” o “reducir” el impacto de la vida humana singular e individual en el devenir social colectivo (subordinando o disolviendo el individuo en el conjunto, dicho en corto y por derecho) es lo que hizo o intentó hacer una buena parte de la historiografía en

la época contemporánea y hasta hace relativamente pocas décadas. Sencillamente por considerarla una especie de hija espuria de la historiografía sin estatuto científico que acaso era también una hijastra de la literatura por sus defectivas afinidades imaginativas.

En efecto, al compás de los masivos procesos de modernización socio-productiva de aquellas coyunturas y sobre la triple base filosófica del materialismo histórico, el positivismo comtiano y el evolucionismo postdarwinista, desde mediados del siglo XIX y hasta el último tercio del siglo XX las disciplinas históricas y socio-humanísticas experimentaron un “giro colectivista” muy marcado e inevitablemente “anti-biográfico”. No en vano, las ciencias humanas recién constituidas (desde la sociología positiva y psicología social hasta la lingüística estructural y la antropología comparada) estaban entonces localizando sorprendentes e inesperadas leyes evolutivas, estructuras apenas invariables y pautas regulares de conducta humana en sus respectivos campos de trabajo que limitaban el margen de la libertad humana o el peso del libre albedrío en su trayectoria. Como bien recordaba hace algunas décadas el filósofo Gustavo Bueno (*El individuo en la historia*), el propio Friedrich Engels había establecido en 1894 el canon marxista correspondiente en su famosa sentencia sobre el supuesto protagonismo relativo y marginal de Napoleón en el curso de la Revolución Francesa y sus implicaciones: “Si el subteniente Bonaparte hubiera muerto en Tolón, otro subteniente hubiera llegado a ser primer cónsul”. Apenas dos años después, Gabriel Monod, influyente fundador de la *Revue Historique*, sacaba las oportunas conclusiones para la disciplina con rotundidad y haciendo uso de una metáfora marina que Ferdinand Braudel haría muy popular muchas décadas después:

Los historiadores se han acostumbrado demasiado a prestar atención exclusivamente a las manifestaciones brillantes, ruidosas y efímeras de la actividad humana, a los grandes acontecimientos y a los grandes hombres, en lugar de presentar los grandes y lentos movimientos de las condiciones económicas y de las instituciones sociales que constituyen la parte realmente interesante y permanente del desarrollo de la humanidad, la parte que, en cierta medida, puede ser sintetizada en leyes y sometidas hasta cierto grado a un análisis exacto. En efecto, los grandes acontecimientos y las grandes personalidades lo son precisamente como signos y símbolos de diferentes etapas de dicho desarrollo. En cambio, la mayoría de los llamados acontecimientos históricos son, a la verdadera historia, lo que al movimiento profundo y constante del flujo y reflujo las olas que nacen en la superficie del mar y que brillan un momento con su luz viva para ir a estrellarse luego contra la costa arenosa, sin dejar rastros.

Y por si fuera poco ese refrendo intelectual a la historia socio-económica, estructural y conscientemente supraindividual, casi finalizando el siglo XIX el fundador del marxismo ruso, Georgi Plejánov, daba a la imprenta su muy difundido ensayo sobre *El papel del individuo en la historia* (1898) que reiteraba “la ilusión óptica” que encadenaba a la historiografía “burguesa” a una sobredimensión errada del “papel de las grandes personalidades en la historia”:

Gracias a las particularidades de su inteligencia y de su carácter, las personalidades influyentes pueden hacer variar el aspecto individual de los acontecimientos y algunas de sus consecuencias particulares, pero no pueden hacer variar su orientación general, que está determinada por otras fuerzas.

Esa desvalorización de las lógicas operatorias individuales en la lectura holística social propiciada por el marxismo perduró como una ley de bronce para la historiografía afecta y periférica con fuerza irresistible y como necesario antídoto contra las falacias de la “falsa conciencia” burguesa, que seguiría intentando disfrazar y ocultar las verdaderas dinámicas históricas de masas bajo el tamiz de las grandes figuras protagonistas. Todavía en 1947 el influyente filósofo húngaro György Lukács seguía repudiando el enfoque biográfico para la explicación del devenir social y de sus logros artísticos, científicos y literarios con aplomo:

Las obras biográficas de nuestro tiempo, en lugar de mostrar las importantes relaciones sociales objetivas y sus reflejos objetivos en la ciencia y el arte, se deleitan describiendo de manera pseudo-artística, psicológicamente “profunda”, cada situación particular. Frente a esto, se debe oponer con todo rigor la necesidad de describir las importantes relaciones objetivas.

La fuerza irresistible de esas tesis ontológicas sobre la historia y el papel de los individuos no derivó sólo del prestigio del marxismo, del sociologismo o del evolucionismo en el pensamiento general de la época finisecular y posterior. Con ser ese prestigio un motivo ya poderoso en sí mismo. Sin duda se vio acrecentada por los evidentes éxitos de las nuevas subdisciplinas de la historia económica y la historia social, que parecían revalidar con sus descubrimientos esos presupuestos más allá de cualquier duda razonable.

En el primer caso, por su propia naturaleza, la historia económica fue desde el comienzo un correctivo importantísimo al modelo histórico-biográfico tradicional y a sus presupuestos filosóficos y metodológicos (sobre todo, su tesis de la comprensión hermenéutica de hechos singulares, únicos e irrepetibles,

incluyendo en ellos las vidas humanas individuales). En primer lugar, porque se ocupaba de los precios, las rentas, el endeudamiento, la producción, el consumo, la población, los matrimonios, los nacimientos, las defunciones, etc. Es decir: magnitudes todas cuantificables en series estadísticas y capaces de reflejar fluctuaciones temporales de largo plazo, con sus correspondientes curvas gráficas con ciclos potenciales, susceptibles de análisis con métodos hipotético-deductivos y posibilitadores de generalizaciones empíricas. Además, el material peculiar de la historia económica se presentaba modalmente como estructuras y procesos anónimos y masivos, donde la individualidad humana quedaba subsumida y recogida en configuraciones sociales que eran reflejables en cuadros, tablas y gráficos. En este sentido, la cuantificación estadística y el tratamiento de procesos sociales masivos y anónimos implicaba *de facto* la superación de la singularidad del hecho irrepetible individual y planteaba la posibilidad de determinar la existencia de estructuras, constantes o regularidades en el comportamiento económico de las sociedades humanas analizadas. Y ello sin vulnerar ningún principio axiomático de la ciencia histórica, en la medida en que las series estadísticas se construían sobre documentación histórica original (axioma de la prueba material verificable), se consideraban sujetas al principio de causalidad inmanente material y se respetaba su despliegue cronológico como vector significativo irrenunciable.

En el caso de la historia social, cabría decir otro tanto con mayor o menor propiedad, puesto que surgió y se expandió sobre el mismo sustrato empírico-material de la historia económica: la formación de la economía mundial mediante la expansión capitalista y el simultáneo surgimiento de las sociedades de masas de las economías industriales avanzadas. Por eso una de sus características más definitorias fue desde el principio el uso de los recursos estadísticos y de la cuantificación numérica como elementos indispensables de su método de observación y análisis histórico. En un afamado estudio sobre la aristocracia británica en la época moderna publicado a mediados de los años sesenta del siglo XX, Lawrence Stone justificaba así la razón de esta preferencia metodológica casi inevitable por ser la única “científica” y probatoria:

Si hemos de dar significado histórico a estas apariciones fugaces (las conductas de los individuos), es preciso asegurarnos de que son típicas, lo que sólo las estadísticas revelarán. La historia política es diferente y más fácil. En un tiempo determinado sólo hay un primer ministro —si es que lo hay— y las políticas exterior y económica no exceden, en el peor de los casos, de tres. Pero un grupo social consta de grandes masas de hombres, cada uno de los cuales es un ser humano, y como tal una variante parcial de la norma. La medida estadística es el único medio de deducir un modelo coherente del caos de conductas perso-

nales y de descubrir lo que es una muestra típica y lo que se aparta del modelo normal. El no haber aplicado esos conceptos ha llevado a generalizaciones descabelladas e inadmisibles sobre fenómenos sociales, basadas en un puñado de ejemplos destacados y bien documentados.

Con independencia de los innegables resultados fértiles ofrecidos por esas perspectivas, lo cierto es que el triunfo hegemónico de sus postulados implicó una pérdida de prestigio y de cultivo de los tradicionales géneros de la historia política, diplomática y biográfica, considerando que sus temas eran acaso “la espuma” superficial de fenómenos históricos más potentes determinados por las corrientes profundas del oleaje oceánico, que los configuraban de manera “objetiva y necesaria”. Baste recordar la mínima acogida que los trabajos biográficos tuvieron en la influyente revista *Annales d'histoire économique et sociale*, fundada por March Bloch y Lucien Febvre en 1929, al decir de Dosse:

El género biográfico, así como la historia política, fueron sacrificados en el altar de la ciencia, y durante un largo periodo: la parte de contenidos biográficos en los artículos de la revista fluctuará de 1929 a 1976 entre el 0% y el 0,7%. [...] Pero los hechos son así, la opción de los fenómenos de masas disminuye el peso de los individuos en la historia.

Aunque también es cierto que no dejarían de manifestarse por entonces muchas voces, historiográficas o no, que llamaban la atención sobre las penosas implicaciones intelectuales y hasta morales de esas opciones. Sin ir más lejos, contra la opinión de Engels y el refrendo de Plejánov, el ensayista francés Agustín Saint-Beuve había argumentado con pasión que las decisiones humanas podían orientar “la marcha de los acontecimientos” de manera “inesperada y variable”, como demostraba el propio devenir de la Revolución Francesa:

¿Es posible sostener que el curso de los acontecimientos no habría cambiado si Mirabeau, por ejemplo, no hubiese muerto atacado por unas fiebres, si la caída inesperada de un ladrillo o una apoplejía hubiesen ocasionado la muerte de Robespierre, si una bala hubiese matado a Bonaparte? ¿Se atreverían ustedes a afirmar que el resultado de los acontecimientos habría sido el mismo?

Voces que fueron creciendo con el paso del tiempo a la vista del agotamiento del modelo explicativo gnoseológico de esas tendencias científicas y anti-individualistas a lo largo del siglo XX. Particularmente tras comprobar el demostrable efecto de ciertas figuras protagonistas en la historia contemporánea, fueran



revolucionarias (el culto a la personalidad de Marx, Lenin, Stalin o Mao ya rectificaba las propias tesis del marxismo) o fueran contrarrevolucionarias (el ascenso de los liderazgos carismáticos de un Mussolini o Hitler demostraban su papel central en los sistemas sociopolíticos respectivos). Tiene su interés que apenas un decenio después del final de esa Segunda Guerra Mundial (comprensiblemente llamada “La guerra de Hitler” porque así lo quiso y obró para ello más que ninguna otra figura de su tiempo), un filósofo de la entidad del alemán Karl Jaspers se atreviera a empezar su impresionante historia de la filosofía mundial con un volumen dedicado expresamente a “los hombres decisivos” de la historia del pensamiento humano universal: Sócrates, Buda, Confucio y Jesús.

Y eso que no había ningún motivo para esperar a ese traumático siglo XX de las guerras mundiales a fin de apreciar la importancia de las decisiones humanas personales en la marcha de la historia. Al fin y al cabo, parece evidente que la batalla de Waterloo en 1815 no fue librada sólo por el duque de Wellington y que podría hacerse (como se ha hecho) un relato de la batalla desde el punto de vista de un soldado raso (puesto que hay fuentes). Pero, de todos modos, sigue planteado y sin resolver el problema de la diferencia cualitativa entre la incidencia histórica de Wellington y del soldado en cuestión en el despliegue de las operaciones militares y en su resultado final victorioso sobre aquella llanura belga: la decisión estratégica de Wellington de ordenar el movimiento de miles de hombres en uno u otro sentido según sus privativas órdenes parece haber afectado al destino de ese soldado y de miles como él de manera directa e irreversible; y, sin embargo, ese soldado y miles como él ni siquiera pudieron plantearse una libre decisión en aquella coyuntura bélica ni contradecir la tomada por Wellington salvo arrojando gravísimos riesgos para su propia vida.

En todo caso, en la estela de esas crecientes impugnaciones y reservas, ya a principios de la década de los ochenta del siglo XX, el filósofo Gustavo Bueno podía apuntar esta crítica demoledora y certera sobre esa operación intelectual de evacuación del protagonismo humano en las tentativas de explicación racional de los procesos históricos reales y concretos:

No nos concierne encarecer aquí los efectos devastadores que estas metodologías nomotéticas, actuando a través de un sociologismo o de un marxismo convencionales, han podido tener en el campo de la enseñanza de la historia, al menos en el Bachillerato, en exposiciones que desdeñan descender a nombrar incluso a Solón o a Pericles. Lo que nos importa es ver cómo es posible siquiera que los métodos nomotéticos puedan ser aplicados al material histórico.

Por eso mismo, frente a los relatos de la historia de perfil estructural, generalista y “a vista de pájaro”, sin duda inevitables y formativos, pero que conllevaban el riesgo del determinismo férreo como ilusión explicativa, desde esas fechas fue conformándose el nuevo “giro biográfico” de la historiografía universal. Precisamente es por ese mismo tiempo cuando François Dosse apreciaba un cambio de tendencia muy notorio y revelador en la influyente historiografía francesa, que permitía concluir que había llegado “la hora del reencuentro entre la historia y la biografía”: “Sólo durante el año 1985 se publican 200 nuevas biografías por parte de 50 editoriales”. Porque parece evidente que para entonces resultaba necesario descender a las historias de las vidas concretas de los individuos protagonistas para entender mejor el curso real y efectivo de los procesos históricos generales, gobernado a veces por lo azaroso e incierto, rompiendo así esa fascinación determinista. Incluso integrantes de la Escuela de Annales, en su tiempo tan hostil al género biográfico, se habían embarcado en investigaciones biográficas brillantes y aclamadas: el medievalista Georges Duby publicaba su *Guillermo, el mariscal. El mejor caballero del mundo* en el año 1984. Otro ilustre miembro medievalista de dicho grupo, Bernard Guenée, a finales de los años ochenta del siglo pasado, expresó esta necesidad de complementariedad de ambas perspectivas con palabras precisas que conviene recordar por su importancia:

En los últimos decenios, la historia y la biografía han vuelto a estar próximas. La historia se ha cansado de no tener rostro ni sabor. Regresa a lo cualitativo y a lo singular. Y la biografía recupera su lugar entre los géneros históricos [...] En todo caso, era claro que el estudio de las estructuras seguía siendo indispensable. La historia estructuralista iluminaba el pasado con maravillosa coherencia. Pero hacía todo demasiado simple. Y una biografía posibilitaba acercarse a la desbordante complejidad de las cosas. El estudio de las estructuras parecía dar más peso a la necesidad del debido. Visto desde muy arriba y en retrospectiva, la historia de mundo puede parecer coherente y necesaria. Pero “las cosas suceden sólo a través de los hombres”. Y la historia de una vida nos ayuda a comprender mejor lo frágil e inseguro que es el destino de los hombres. Una biografía hace posible prestar más atención a las posibilidades, al acontecimiento, a la secuencia cronológica. Sólo ello puede dar al historiador el sentido del tiempo en el que viven los hombres. Creo que historia y biografía son dos formas complementarias de acceso a la misma realidad. El devenir de un hombre puede ayudar a comprender la historia de su tiempo. (*Entre l'Église et l'État. Quatre vies de prélats français à la fin du Moyen Age*).

Así pues, no cabe duda de que estamos ya plenamente inmersos en una época en la que el género histórico-biográfico ha retomado su importancia, prestigio y audiencia sin asomo de subordinación o falta de credenciales. En palabras muy recientes de dos analistas perspicaces del fenómeno, María Jesús González y Adrián Magaldi (*Travesías biográficas. Un diálogo interdisciplinar*), “la biografía está (de nuevo) en alza; tanto entre el público lector como en el ámbito académico”. Y sigue así en pie gracias a su “capacidad de evolucionar y de sobrevivir a las modas historiográficas, los imperativos comerciales, las fronteras culturales y hasta a las ideologías y censuras políticas”. Acaso porque nos enseña que la historia está hecha de seres humanos, notorios o anónimos, que no pierden su rostro por subsumirse en agrupaciones colectivas, participar en entidades organizadas o estar sometidos a las presiones múltiples de su entorno vital y contextual. No puede explicarse esa función de un género capaz de hacer retratos humanos siempre pictóricos (no fotográficos) con mejores palabras que las utilizadas por ambos autores citados:

La biografía trata de las vidas de los hombres y las mujeres y de las múltiples proyecciones e introspecciones de su ser y de su estar. También de su hacer. Desde el universo de los nombres con rostro –que son nuestros similares, nuestros villanos o nuestros ídolos, tan parecidos y tan distintos a nosotros– quien escribe biografía aborda los procesos de maduración del pensamiento político y de creación artística, literaria o científica; desvela las incertidumbres, las angustias y pasiones de la existencia; profundiza en las estrategias de adaptación, de supervivencia, de poder o de acción social; y desbroza los actos geniales y las miserias. Explica nuestro mundo pasado y presente. Y todo resulta más inteligible porque es humano.

En sus atinadas y recientes “reflexiones de taller” sobre los posibles *Principia Biographica* que podrían sustentar el sentido y función del género, Anna Caballé subrayaba que se trata de “una disciplina que se ha constituido desde sus orígenes como *praxis* y que apenas ha problematizado su modo de proceder, su propia posición en relación a su epistemología”. No es nada extraño, por otra parte, porque son muchas las actividades y disciplinas intelectuales (por no decir otras operatorias y materiales) que son ejercidas *de facto* antes de ser representadas *de iure* en términos reflexivos gnoseológicos. En todo caso, esa autora acierta de pleno al señalar que cada biógrafo emprende su labor sin apenas cartas de navegación seguras porque el género carece de instrucciones de uso modelizadas, infalibles y estructuradas en tablas de bronce inalterables. Porque en la activación de la pasión por la mirada biográfica está siempre, recóndito o explícito,

ese entusiasmo generador pero intimidante que lleva a tratar de conocer la vida ajena de un hombre o mujer en su concreto devenir dentro de su tiempo y espacio correspondiente. Y eso exige, a la hora de leer y analizar una biografía, atender también a la figura del biógrafo, intérprete de esa trayectoria vital de la que genera “una propiedad intelectual”, lo desee o no. En palabras de Gittings: “Cada biografía es un asunto entre el biógrafo y su sujeto, cada cual muy personal”. Una reflexión que lleva implícita la necesidad de conocer el contexto generatriz de la obra de un biógrafo e historiador (y de cualquier escritor, nos atreveríamos a decir) por aquello que recordó José Ortega y Gasset hace ya más de cien años atrás: uno es lo que es por sí y por su circunstancia.

Confirmando ese juicio, declaramos sin ambages que el principio rector de las “aproximaciones biográficas” que hemos elaborado (no somos autor de ninguna “biografía definitiva” porque el sintagma parece un oxímoron) siempre fue una premisa básica: la consideración del individuo como sujeto histórico enmarcado en un tiempo y espacio que era susceptible de análisis y comprensión por parte de terceros y a condición de que hubiera materiales probatorios movilizables al efecto en formato de reliquias históricas decantadas críticamente (evidencias objetivadas de su existencia pretérita: textos impresos, monedas acuñadas, retratos pintados, referencias de testigos o toponímicas, restos corpóreos o arqueológicos...). Precisamente por eso cabe intentar una biografía de Julio César o de Napoleón Bonaparte, pese a su inactualidad presente como figuras históricas (ser que fue, pero ya no es), en tanto que no cabe hacer una biografía del rey Arturo de Camelot o del magistral Fermín de Pas de Vetusta, que son figuras de ficción legendaria o literaria, no histórica positiva. Una biografía que siempre será relato y narración mostrada a través de la voz narrativa del biógrafo, sin duda, pero relato y narración muy diferente al de la épica o la novela por un imperativo de búsqueda de la verdad probada, no inventada, que está subordinada a la existencia de las pruebas y evidencias denotativas de su veracidad. Un género histórico, por eso mismo, que se diferencia de otros relatos por su respectiva dependencia dialéctica de distintos axiomas conformativos: el primero atiende al imperio del *Factum* (dato positivo incontrovertible y comprobable: qué, quién, cuándo y dónde, cómo y porqué) y el segundo practica la libertad de la *Fictio* (narración coherente gramaticalmente y evocadora semánticamente, pero sin fundamento probatorio ni necesidad del mismo).

Dicho en otras palabras: toda biografía quiere desvelar algo de la existencia finita y temporal de unos individuos corpóreos, de sujetos operatorios, pensantes y hablantes, de seres humanos pertenecientes al género *Homo*, especie *Sapiens*, subespecie *Sapiens* (como somos todos nosotros). Partimos, pues, de la convicción (otra premisa cognitiva, en el fondo) de que no existe una vida humana autónoma, autogenerada y aislada como una mónada megárica, sino envuelta, inmersa y codeterminada por otras realidades antropológicas por culturales

(otros seres humanos, en su infinita variedad de género, edad, oficio, inteligencia, capacidad...) y no antropológicas por mundanas (plantas, árboles, animales, ríos, climas, astros...). Un material envolvente desplegado en el tiempo y sobre el espacio que es condición de posibilidad para la comprensión de todo individuo y de su trayectoria vital porque esta misma responde a una dialéctica entre sujeto y contextos (antropológico-cultural y mundano-natural) siempre en evolución recurrente e irreversible. Con su corolario: que todo análisis biográfico, historiográfico o social debe asumir la pluralidad de relaciones, vinculaciones e interacciones que se da dentro de ese espacio de existencia humana tan diverso y heterogéneo como cambiante y evolutivo. En resolución: toda biografía debe aspirar a contar y narrar la vida del sujeto biografiado en su tiempo y espacio, nunca como ente ucrónico y utópico, siempre como individuos que viven físicamente sobre un territorio y en unos intervalos cronológicos definidos.

Esta petición de principio así sumariamente descrita se nos presenta quizá como el primero y principal de todos los preceptos cruciales del análisis biográfico historiográfico (y, por extensión, humanístico). Sobre todo porque denota y revela el imperativo del gregarismo instintivo y natural que define a la vida de los seres humanos: miembros de una especie animal que siempre tiene una vida social y colectiva, en la medida en que el individuo aislado y autogenerado no existe ni puede existir, es pura abstracción teórica. El hombre, en tanto que ser humano históricamente registrado, se conforma siempre en sociedad, no en soledad. Como afirmaba Ortega y Gasset ya a principios del siglo XX, “la realidad humana concreta es el individuo socializado, es decir, en comunidad con otros individuos [...] Sólo existe real y concretamente la comunidad, la muchedumbre de individuos influyéndose mutuamente”. Y, más recientemente, Gustavo Bueno reiteraba: “No hay individuos sin sociedad, pero tampoco hay sociedad sin individuos”. Sus relaciones, afirmaba este filósofo, son así pues dialécticas y recurrentes, en la medida en que todo individuo tiene necesidad de la vida social porque, para empezar, necesita progenitores y cuidados durante los primeros años de su vida y sólo así crece y se integra en el grupo de acogida. Esta exigencia de “crianza” individual pero socializada le transporta obligadamente a una esfera de vida superior que conforma esa propia “sociedad humana” envolvente de su individualidad. Y, como bien señalaba el profesor Bueno, replicando a muchos otros autores, la prueba de que no hay individuo sin sociedad es taxativa y comprobable en la práctica cotidiana:

El lenguaje humano demuestra hasta qué punto el individuo humano en cuanto tal, considerado como una sustancia, es pura abstracción, puesto que ningún individuo humano habla originariamente consigo mismo. El lenguaje y las normas en virtud de las cuales los individuos se configuran existen originariamente en forma de relaciones que sólo

cuando lleguen a ser simétricas y transitivas podrán también asumir forma de la reflexividad [generadora del concepto y fenómeno de la Persona Humana: el individuo auto-consciente].

En la estela de esa línea de explicaciones, confesamos, además, que, en gran medida, emprendimos nuestras “aproximaciones biográficas” a las figuras históricas del doctor Juan Negrín y del general Francisco Franco con voluntad expresa de romper amarras con las visiones más o menos teleológicas y sobredeterministas, aunque disfrazadas de marxismo, estructuralismo y “larga duración”, que abundaban en los estudios sobre la crisis española de los años treinta del siglo XX y su resolución dictatorial de tan larga vigencia temporal. Acaso porque habíamos sido estudiantes universitarios en una época en la que parecía posible explicar, por ejemplo, el surgimiento y evolución del Imperio Romano por exigencias inexorables del desarrollo del modo de producción esclavista y sin necesidad de mencionar a César, Augusto, Trajano o Constantino. Sin ánimo alguno de bromear al efecto. Y quisimos abordar nuestra empresa centrando la mirada en esas dos personalidades enfrentadas y hasta cierto punto representativas (con muchos matices) del núcleo de los dos bandos combatientes en la guerra civil de 1936-1939: un médico frente a un militar, un reformista socialdemócrata cosmopolita y un reaccionario antiliberal pseudo-castizo. Su resultado narrativo: *Negrín. Una biografía* (Barcelona: Península, 2006) y *Franco. Anatomía de un dictador* (Madrid: Turner, 2018).

Desde luego, hicimos la tarea amparados por una pléyade de biógrafos cuyas obras estudiamos y consideramos por ser inexcusables para nuestra labor, bien por la temática de las mismas, bien por la entidad de los autores. Citaremos pocos y exclusivamente contemporaneístas, pero muy selectos e influyentes en nuestra formación: Santos Juliá (*Manuel Azaña. Una biografía política*. Madrid: Alianza, 1990); Paul Preston (*Franco, Caudillo de España*. Barcelona: Grijalbo, 1994); Eberhard Jäckel (*Hitler's World View*. Cambridge (Mass.): Harvard U. P., 1995); Enrique Krauze (*El amor a la tierra. Emiliano Zapata*. México: FCE, 1995); Javier Moreno Luzón (*Romanones. Caciquismo y política liberal*. Madrid: Alianza, 1998); Ian Kershaw (*Hitler*. Barcelona: Península, 1999-2000); François Bédarida (*Churchill*. México: FCE, 2002); Isabel Burdiel (*Isabel II. No se puede reinar inocentemente*. Madrid: Espasa Calpe, 2004); Richard Overy (*Dictadores. La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*. Barcelona: Tusquets, 2006); María Jesús González Hernández (*Raymond Carr. La curiosidad del zorro*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2010); Anna Caballé (*Concepción Arenal: la caminante y su sombra*. Madrid: Taurus, 2018), etc.

Esas biografías de Negrín y Franco, separadas por más de un decenio, respondían a esta pretensión básica fácil de enunciar, pero bastante difícil de

ejecutar: ofrecer a los potenciales lectores una semblanza biográfica veraz de esas figuras históricas en su faceta humana, tanto pública como privada, al objeto de ayudar a comprender a los personajes y su tiempo histórico, con todos sus matices de luces, sombras y claroscuros. Sendas semblanzas biográficas, por tanto, que no eran más que una interpretación personal de los avatares vitales de los protagonistas y sus épocas, con todas las limitaciones de juicio y formación, amén de proclividades, empatías y antipatías, que abriga necesariamente cualquier biógrafo e historiador. Pero, sin negar ese carácter irreductiblemente interpretativo y personal de cualquier obra biográfica, también quisimos que fueran semblanzas escritas como mandan los buenos cánones historiográficos al menos desde los lejanos tiempos de Cornelio Tácito: *bona fides, sine ira et studio*. Esto es: con buena fe interpretativa de partida, sin encono partidista apasionado y tras meditada reflexión sobre todos los materiales informativos disponibles y pertinentes.

Dicho sumariamente, ése fue el propósito que inspiró ambas biografías sobre el doctor Negrín y el general Franco, como luego también nuestra semblanza biográfica de otra figura histórica ya no española, pero muy vinculada con la historia de España: *Quo Vadis, Hispania? Winston Churchill y la guerra civil española* (Madrid: Real Academia de la Historia, 2021). Unas narraciones sobre esas vidas, insistimos, sin ánimo alguno de haber agotado definitivamente las temáticas abordadas y sin ensoberbecida esperanza de haber concluido unos retratos definitivos e inalterables. Lo primero porque siempre será posible reinterpretar los materiales informativos disponibles bajo nuevos prismas y a tenor de renovadas perspectivas potencialmente más amplias, iluminadoras y abarcadoras. Lo segundo porque toda obra humana es siempre infecta y perfectible y en la disciplina de la historia aún más, ya sea por aparición de nuevas fuentes informativas o por desvelamiento de defectos de sustentación probatoria suficiente. Y creemos pertinente cerrar estas reflexiones reconociendo que esas obras tuvieron muy en cuenta algunos buenos consejos dictados por dos grandes pensadores que han alumbrado con clarividencia la tarea del aprendiz de biógrafo, a pesar de su enorme distancia temporal. Por un lado, el historiador Plutarco de Queronea, ya en el lejano siglo I de nuestra era; y, por otro, el filósofo José Ortega y Gasset, hace escasamente medio siglo.

Plutarco, en el proemio de sus *Vidas Paralelas* de Alejandro Magno y Julio César, subrayaba que “con frecuencia una acción insignificante, una palabra o una broma dan mejor prueba del carácter [de un personaje] que [el relato de] batallas en las que se producen millares de muertos”. Y reclamaba por eso mismo un margen de libertad impresionista para que el biógrafo pudiera ejercer su labor con mayor éxito:

Pues igual que los pintores tratan de obtener las semejanzas a partir del rostro y la expresión de los ojos, que son los que revelan el carácter, y se desprecupan por completo de las restantes partes del cuerpo, del mismo modo se nos debe conceder que penetremos con preferencia en los signos que muestran el alma y que mediante ellos representemos la vida de cada uno, dejando para otros los sucesos grandiosos y las batallas.

Ortega, a su vez, en su trabajo sobre *Velázquez*, recomendaba a todo biógrafo que prestara especial atención a las tres dimensiones (vocación, circunstancia y azar) que podrían dar cuenta cabal de la trayectoria singular e irrepetible de la vida de todo hombre:

Nuestra vocación choca con las circunstancias, que en parte la favorecen y en parte la dificultan. Vocación y circunstancia son, pues, dos magnitudes dadas que podemos definir con precisión y claramente entenderlas, una frente a otra, en el sistema dinámico que forman. Pero en este sistema inteligible interviene un factor irracional: el azar. De esta manera podemos reducir los componentes de toda vida humana a tres grandes factores: vocación, circunstancia y azar. Escribir la biografía de un hombre es acertar a poner en ecuación esos tres valores.

Hay una tercera aportación que hemos tenido muy presente como idea límite que establecía un horizonte regulativo potencialmente destructor, al modo de una *reductio ad absurdum* de peligrosa cercanía. Y por eso mismo era idea límite inasumible de partida, aunque tuviera que contarse y medirse con nuestra labor biográfica. Se trata de la tremenda advertencia que el doctor Sigmund Freud enunció allá por 1936 sobre el género biográfico (más aún autobiográfico):

Quien se hace biógrafo se obliga a la mentira, al secreto, a la hipocresía, a la idealización y también a la disimulación de su misma incompreensión, porque la verdad biográfica no se puede lograr, y aún si uno la alcanzara, no la podría utilizar. La verdad [biográfica] no es practicable y los hombres no la merecen.

Es posible que sea como dijo el Dr. Freud, indudablemente. Pero no es seguro ni indiscutible, como tantas otras cosas en nuestras vidas. Por eso mismo, va de suyo que las tres biografías que hemos elaborado hasta el presente (y las que puedan venir, por supuesto) tienen esa pretensión de aunar en un relato veraz y honesto esa pincelada impresionista plutarquiiana con la justa ponderación de la



tríada orteguiana de vocación, circunstancia y azar que co-determina la vida de los biografiados. Y tratando de orillar el doble y contra-opuesto peligro que siempre atenaza al biógrafo de manera inconsciente, más que reflexiva: o bien dejarse atrapar por la transferencia simpatética a la que induce el hábito de seguir la pista de las ideas y acciones de un personaje para darle coherencia a lo que acaso no lo tuviera; o bien erigirse en una especie de juez supremo y omnisciente que mira a su reo con severidad condenatoria excesiva y abusiva. Pero queda al libre criterio de los ocasionales lectores el juicio último sobre el acierto o desacierto de las empresas biográficas porque son ellos los que siempre tienen la última palabra trascendente. No en vano, somos lo que leemos, tanto como lo que vivimos.

#### Selección bibliográfica mínima

ALBERCA SERRANO, Manuel. *Maestras de vida. Biografías y bioficciones*. Málaga: Pálido Fuego, 2021.

BERLIN, Isaiah. “La inevitabilidad histórica”, en *Cuatro ensayos sobre la libertad*. Madrid: Alianza, 1988, pp. 106-185.

BUENO, Gustavo. *El individuo en la historia. Comentario a un texto de Aristóteles*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 1980.

BURDIEL, Isabel. “La dama en blanco. Notas sobre la biografía histórica”, en I. BURDIEL y M. PÉREZ LEDESMA (coordinadores). *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid: Espasa Calpe, 2000, pp. 17-48.

CABALLÉ, Anna. *El saber biográfico. Reflexiones de taller*. Madrid: Ediciones Nobel, 2021.

CARRERAS PANCHÓN, Antonio. “La biografía como objeto de investigación en el ámbito universitario. Reflexiones sobre un retorno”. *Asclepio*. 57, 1 (2005), pp. 125-133.

CHARRY JOYA, Carlos Andrés y ROJAS PEDEMONTE, Nicolás (editores). *La era de los individuos. Actores, política y teoría en la sociedad actual*. Santiago: LOM Ediciones, 2013.

DAVIS, J. C. y BURDIEL, Isabel (editores). *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa. Siglos XVII-XX*. Valencia: Universidad de Valencia, 2005.

DELVAL, Juan. *El mono inmaduro. El desarrollo psicológico humano*. Madrid: Catarata, 2011.

DOSSE, François. *La apuesta biográfica. Escribir una vida*. Valencia: Universidad de Valencia, 2007.

EDEL, Leon. *Vidas ajenas. Principia Biographica*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1990.

ELIAS, Norbert. *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península, 1990.

FUENTES, Juan Francisco. “La biografía como experiencia historiográfica”. *Cercles. Revista d’historia cultural*. 10 (2007), pp. 37-56.

FUSI AIZPURUA, Juan Pablo. *Ideas y poder. 30 biografías del siglo XX*. Madrid: Turner, 2020.

GHANIME, Albert. “Reflexiones y datos sobre la biografía histórica en España (personajes contemporáneos)”. *Cercles. Revista d’historia cultural*. 10 (2007), pp. 114-144.

GITTINGS, Robert. *La naturaleza de la biografía*. México D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997.

GÓMEZ-NAVARRO, José Luis. *En torno a la biografía histórica*. Madrid: Instituto Universitario Ortega y Gasset, 1998.

GUENÉE, Bernard. *Entre l’Église et l’État. Quatre vies de prélats français à la fin du Moyen Age*. París: Gallimard, 1987.

GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María Jesús y MAGALDI, Adrián (editores). *Travesías biográficas. Un diálogo interdisciplinar*. Santander: Universidad de Cantabria, 2022.

IGLESIAS CANO, Carmen. “Los hombres detrás de las ideas. Ideas, ideologías y utopías”, en C. IGLESIAS CANO (coordinadora). *Historia y pensamiento. Homenaje a Luis Díez del Corral*. Volumen II. Madrid: Eudema, 1987, pp. 83-107.

KRAUZE, Enrique. *México. Biografía del poder*. México D.F.: Editorial Planeta Mexicana, 2017.

*El arte de la biografía*. México D.F.: Penguin Random House, 2012.

LE GOFF, Jacques. “Comment écrire una biographie historique aujourd’hui?”. *Le Débat*. 54 (1989), pp. 48-53.

LEE, Hermione. *Biography. A very short introduction*. Oxford: Oxford University Press, 2009.

LEVI, Giovanni. “Les usages de la biographie”. *Annales. Histoire, Sciences Sociales*. 44, 6 (1989), pp. 1325-1336.

LUNA ARGUDÍN, María. “Viejos y nuevos problemas en torno a la biografía histórica”. *Fuentes humanísticas*. 31 (2020), pp. 13-29.

MORADIELLOS GARCÍA, Enrique. *Las caras de Clío. Una introducción a la historia*. Madrid: Siglo XXI, 2009.

OLMO IBÁÑEZ, María Teresa del. *Teoría de la Biografía*. Madrid: Dykinson, 2015.

PLEJÁNOV, Georgi. *El papel del individuo en la historia*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1946.

QUINTANILLA, Susana. “El arte de la biografía histórica”, en M. BAZANT SÁNCHEZ (editor). *Biografía: Modelos, métodos y enfoques*. Zinacantepec: El Colegio Mexiquense, 2013, pp. 305-324.

RUIZ-DOMÈNEC, José Enrique. “Direcciones para la biografía”. *Erebea. Revista de humanidades y ciencias sociales*. 3 (2013), pp. 7-24.

SECO SERRANO, Carlos. “La biografía como género historiográfico”, en VV. AA. *Once ensayos sobre la historia*. Madrid: Fundación Juan March, 1976, pp. 107-117.

ENRIQUE MORADIELLOS  
Universidad de Extremadura